

Zurbano á dar principio á las operaciones, salió de Igualada y llegó el 23 al Bruch sin haber encontrado la menor resistencia. Hizo un reconocimiento y se detuvo para adoptar ulteriores disposiciones, cuando le llegó la extraña orden del general en jefe para que en vez de avanzar retrocediese abandonando el plan de operaciones que con tanta confianza habían acariciado los dos generales y en las esperanzas de cuyo éxito había en gran parte fundado el Regente su mal aconsejada detención en Albacete.

¿Cuál era la causa de tan repentina y sorprendente novedad? Reconocía dos orígenes: el de las condiciones mismas que constituían la situación; el desprestigio y la desmoralización en la que dentro del mismo ejército había caído la bandera representada por su antes invicto general; el otro y no menos potente móvil de la contraorden, lo explicaría suficientemente el carácter impresionable y en cierto modo fosfórico del general don Antonio Seoane, hombre pundonoroso, leal, consecuente, de gran corazón, pero de muy limitadas facultades mentales, capaz de actos heroicos, pero desprovisto del conjunto de dotes que requiere el puesto de general en jefe, principalmente en épocas de guerra civil.

Bastantes ejemplos dejamos consignados de las defecciones y frecuentes deserciones que desde muy al principio de la contienda han dejado claramente ver, que una parte muy numerosa y escogida de la oficialidad del ejército había cesado de tener depositada su confianza en su antiguo caudillo, y que del mismo modo el corazón de los soldados se había enfriado respecto al hombre del que hicieran su ídolo. En efecto, de las filas del ejército cuyo apoyo había servido de pedestal á la popularidad de Espartero habían salido todos los batallones que en aquellos momentos acaudillaban contra el Regente, Narvaez, Concha, Serrano, Prim y Azpiroz. De aquellas mismas filas procedían los oficiales que á centenares habían pedido en Madrid sus licencias absolutas, inmediatamente despues de la caída del ministerio Lopez, y los que no en inferior número habían insistido en separarse del servicio en Zaragoza con Seoane, en Andalucía con Van-Halen y del mismo Regente en Albacete.

Una recrudescencia de igual síntoma de defección sorprendió y consternó á Seoane cuando desde Lérida se disponía á marchar en apoyo de Zurbano. En vísperas de efectuar su salida experimentaron los cuerpos que componían la reserva bajo el mando inmediato del general en jefe, numerosísimas deserciones; relajación de la disciplina militar que adquirió las proporciones de una catástrofe en presencia de haberse separado en solos dos días 192 jefes y oficiales, los unos bajo pretexto de tener pedidas sus licencias absolutas y los demás habiéndolo verificado sin miramiento al abandono que abiertamente hacían de sus banderas. Pero lo que mas terrorífico efecto llevó al perturbado espíritu de Seoane lo fué que su jefe de estado mayor el brigadier don Luciano Campuzano figuró entre los que se negaban á hacer armas contra aquellos á quienes se les conducía á pelear.

La retirada inmediatamente emprendida por Seoane sobre Zaragoza dejaba á Zurbano en situación peligrosa, pues había avanzado casi hasta dar frente á la vanguardia de Prim, á la que tenía que volver la espalda, expuesto á verse atacado al atravesar un territorio que el toque de *somaten* había convertido en hostil.

Vióse en su consecuencia compelido Zurbano á entablar comunicaciones con el brigadier Castro, jefe de la fuerza enemiga mas cercana, á fin de obtener concesiones que le permitiesen atravesar con menos riesgo el camino que debía seguir desde el Bruch hasta Cervera y Lérida, habiendo así cambiado Zurbano de la noche á la mañana su posición de agresor por la de protegido.

Nada es necesario añadir para entrever la índole de los sucesos que con asombrosa rapidez iban á desarrollarse.

La retirada de Seoane daba completa victoria al movimiento catalán, dejaba á Serrano y á Prim la libertad para avanzar sobre Madrid en combinación con Azpiroz y con Narvaez. No habrá además hombre político ni entendido militar que desconozca cuán poco podía prometerse Seoane de las tropas que le quedaban para luchar contra adversarios cuya apro-

ximación bastaba para atraerles auxiliares de las filas contrarias. Despues de haber experimentado dicho general todas las deserciones que tuvo en Lérida, por falta de confianza en sus soldados abandonó la operacion sobre el Bruch. No tenía en Cataluña otros enemigos delante sino Serrano y Prim, que, si bien de gran prestigio, disponían de muy reducido número de tropas del ejército que oponerle, mientras que ahora iba á verse colocado en medio de tres adversarios temibles por su arrojo y por las superiores fuerzas que juntos reunían, no quedando á Seoane otra perspectiva que la de llegar á Madrid de donde no le era posible sacar soldados y donde podía verse reducido á un bloqueo, que en un pueblo de las condiciones de la capital de España sería de muy corta duración.

CAPITULO IV

Asedio de Madrid.—Torrejon de Ardoz.—Farsalia de la contienda

Marcha del Regente.—El general Azpiroz bloquea á Madrid: sus comunicaciones con las autoridades de esta capital.—Esperanzas de los defensores de Madrid en la llegada del ejército de Seoane.—Intimaciones de Narvaez.—Ineficacia del auxilio que traen á la defensa de Madrid los generales Iriarte y Ena.—Accion de Torrejon de Ardoz.—Capitulación y toma de Madrid por los coligados.—Últimos actos y operaciones del Regente.—Gallarda defensa de Sevilla.—Retirada del Regente: disolución de su ejército.—Embarque, despedida y expatriación del duque de la Victoria.

Pero dejemos á Seoane en retirada aproximándose á Madrid, á fin de no romper la unidad del animado cuadro de sucesos que estaban realizándose en diferentes puntos de la Península, todos ellos convergentes al final desenlace que iba á tener la contienda.

La detención del Regente en Albacete pudo en un principio ser considerada como siendo aquel punto susceptible de servirle de base para caer sobre Valencia obligando á Narvaez á acudir en su defensa, lo que no podía efectuar el último sin desventaja, por ser todavía inferiores las fuerzas que reunía á las que llevaba Espartero. No se resolvió este sin embargo á buscar á Narvaez y esperó en Albacete noticias de Aragón y de Andalucía, antes de resolver dónde se encaminaria con los cinco mil hombres que le quedaban despues de las bajas experimentadas á consecuencia de las numerosas deserciones.

Confiado el Regente en que Seoane haría victoriosamente frente á los levantados de Cataluña, no muy bien dotados de batallones del ejército permanente, supo con gran disgusto que los dos generales en los que mas confianza tenía depositada, Seoane y Zurbano, se retiraban de Cataluña sin haber disparado un tiro; pero todavía esperanzado en que acabarían por tomar la ofensiva y que en último resultado bastaban las tropas que tenían bajo sus órdenes para acudir á Madrid y conservar la posesión de la capital, prestó oídos á las reiteradas excitaciones de Van-Halen, quien no cesaba de asegurar que siendo reforzado con tropas se haría dueño de Sevilla y dominaría los pronunciamientos andaluces, dejándose el Regente influir por la opinión de los que se inclinaban á que tomase este último partido.

Los ministros quedados en Madrid se hallaban divididos acerca de dónde convendría que el duque se dirigiese, y aunque la mayoría del gabinete fué contraria á la marcha á Andalucía, cuando llegaron á Albacete las comunicaciones de la corte, ya se había puesto el Regente en camino para el mediodía.

El desaliento, el temor, la desmoralización hacían rápidos progresos en las filas de los partidarios del gobierno. En el cuartel general se ocultaba cuanto era posible á los soldados el conocimiento de las noticias adversas, y en Madrid llegó á tal punto el disgusto y la zozobra que inspiró á los ministros y á los milicianos la nueva del alejamiento del duque, que para mitigar sus efectos, quitando armas á los adversarios, adoptóse la excepcional medida de retirar á los periódicos de oposición la facultad de que el correo trasportase sus números á las provincias. Por lo peregrino, como adoptada por un régimen que blasonaba de liberalismo y de respeto á los derechos políticos de los ciudadanos, merece ser conocida la

orden en virtud de la cual vióse la prensa periódica excluida de las disposiciones del derecho comun (1).

El ayuntamiento, la diputación provincial y la milicia de Madrid, llevando á los últimos extremos su decisión en favor del Regente, renovaron su compromiso de conservar y sostener la capital del reino, y á fin de dar mayor eficacia é impulso á los medios de defensa contra los pronunciados que se adelantaban de Aragón conducidos por Narvaez y de Castilla bajo las órdenes de Azpiroz, formóse una junta llamada auxiliar de gobierno, compuesta de don Pedro Beroquí en calidad de presidente y de los señores Valdor, Garrido, Lancha, Tomás-Ondarreta, Santos Lerin y don José Fernando Escauriaca.

A los desesperados esfuerzos del Regente en sosten de su autoridad, respondían con significativas muestras de alejamiento los que en el ejército simpatizaban con los coligados. Menospreciando los preceptos de la ordenanza que no consiente que en tiempo de guerra los oficiales se separen del servicio bajo pretexto de pedir sus licencias absolutas, el cuerpo de Estado mayor en masa se presentó al capitán general San Miguel pidiendo sus licencias todos los individuos que lo componían; ejemplo que inmediatamente siguieron los oficiales del cuerpo de artillería y los del de ingenieros, y hasta los alumnos del colegio general de todas armas hicieron con aquellos causa comun.

Desconfiando el gobierno del regimiento de caballería de Lusitania que estacionaba en Madrid, dispuso que saliese á unirse á las tropas del Regente; pero en vez de ejecutar esta orden, Lusitania prefirió ir á incorporarse con los pronunciados.

El 11 de julio llegó á Guadarrama el general Azpiroz, procedente de Castilla la Vieja, al frente de una división compuesta de los regimientos provinciales de Leon, Avila, Palencia y Tarragona, de 500 caballos y 6 piezas de artillería rodada.

No desmayaron ante el peligro los milicianos de Madrid, y reforzados por aquellos de sus convecinos que participaban de sus mismas opiniones, resolvieron á oponer la mas enérgica defensa á los que miraban como enemigos. Azpiroz, sin embargo, abrió comunicaciones con la capital dirigiéndose al Capitán general y exhortándolo á evitar el derramamiento de sangre entre compatriotas y hermanos, á que se separasen de la obediencia de una situación que calificaba de hechura de una intriga extranjera, y ofreciendo cuantas garantías de olvido y de tolerancia se le pidiesen, á cambio de que se le abriesen las puertas de Madrid á fin de velar juntos, decía, por el reposo y bienestar de sus moradores y por la custodia de la joven Reina y de la infanta su hermana.

La respuesta de San Miguel rectificaba la idea que del estado de los ánimos en la capital decían tener los coligados, y concluía haciendo alarde de fidelidad al gobierno que le había confiado la guarda del sagrado depósito de las personas reales.

A la mañana del siguiente dia ocupaba Azpiroz el cercano pueblo de las Rozas, iniciando su avance en dirección de la Puerta de Hierro; noticia que sirvió de señal para que Madrid tomase una actitud imponente. La generala llamó desde muy temprano los milicianos á las armas, ocupando sus batallones los puntos del recinto mas indicados como posiciones defensivas. Las Vistillas, la montaña del Príncipe Pío, el campo del Moro y el Retiro fueron ocupados por batallones de milicia. Fuertes retenes establecieronse en las plazas; colocáronse cañones en batería; dióse principio á la construcción de barricadas; abriéronse aspilleras y fosos; decretóse además de la movilización de los nacionales, un alistamiento general de todos los habitantes aptos para tomar las armas hasta la edad de sesenta años. La mayor vigilancia, general silencio y un ánimo resuelto parecían reinar en todos los ámbitos de la villa del Dos de Mayo.

(1) En cumplimiento de orden de S. A. el Regente del reino no se admitirán desde hoy al franqueo, ni tendrán curso por esta administración del correo general otros periódicos de política que *La Gaceta*, *El Espectador*, *El Patriota* y *El Centinela*, y en caso de caer sueltos en el buzón no se dará curso á mas que á los referidos.

Madrid 1.º de julio de 1843.—José Rodríguez Espina.

La junta auxiliar de gobierno desplegó el mayor celo, y para que nada faltase, el infatigable Mendizabal supo, sin que lo hubiera en el Tesoro, encontrar dinero; recurso que permitió asalariar con cinco reales diarios á las numerosas clases de jornaleros que se unieron á los nacionales.

En esta situación pasó el dia 12 y parte del 13 sin que ocurriese otro suceso notable que el de que Azpiroz hubiese situado su cuartel general en el Pardo, novedad que agravó é hicieron mas ruidosa los disparos de cañon de las baterías de la Montaña y las Vistillas que anunciaban la aproximación de los sitiadores, los que en efecto tomaban posesión de la Casa de Campo, de San Isidro y puntos mas cercanos, llegando sus avanzadas hasta el puente de Segovia, donde se encontraron al habla con los de Azpiroz los nacionales. El fragor de la guerra representado por el estruendo de los cañones y el de los tambores puso sobre las armas á toda la milicia y á los voluntarios armados que la secundaban. A la mitad del dia creció la alarma generalizada por el vivo fuego que desde la puerta de Alcalá y desde el Retiro dirigían los sitiados contra los agresores que trataban de completar al rededor de la villa sus líneas de circunvalación. Empezó á circular entonces la noticia de que Narvaez se aproximaba con fuerzas cuyo número se exageró, y á la par corrían falsas y contradictorias especies sobre la vuelta del Regente y la próxima llegada de los cuerpos auxiliares de los generales Seoane, Zurbano é Iriarte.

Volvieron á renovarse en la tarde de aquel dia las comunicaciones entre San Miguel y Azpiroz, correspondencia inquisitiva y esculpatoria en la que ambos se proponían demostrar ser la mejor causa la que respectivamente defendían, tésis que por lo que respecta á San Miguel iba apoyada por la firma de todos los individuos de la diputación provincial, los del ayuntamiento y de los comandantes de la milicia nacional.

Muy luego se confirmó como hecho del que no cupo duda la llegada de Narvaez cuya vanguardia pernoctó el 14 en Fuencarral. En los doce dias trascurridos desde que salió de Valencia había recorrido dicho general todo el Bajo Aragón y la Alcarria, levantado y animado á los pueblos en favor de la causa por la que militaba, al mismo tiempo que traía engrosadas con triple número de infantes y de jinetes las fuerzas que sacó de la ciudad del Cid.

Era aquel caudillo hombre que jamás descuidaba traer en apoyo de las empresas en que se hallaba empeñado cuantos elementos podían coadyuvar á su éxito, é importándole al presente hacerse acepto á los liberales, dirigió desde Algona una intencionada proclama á la milicia de Madrid en la que procuraba atraerla valiéndose del muy especial argumento de que la manifestación de la voluntad general de la nación contra el gobierno que Madrid quería defender relevaba á su milicia y á los habitantes de la capital de la obediencia que antes debieron prestar á la autoridad que la confianza pública había acabado por repudiar. Ratificaba Narvaez con énfasis el juramento que tenía prestado á las instituciones libres.

Procuró Mendizabal neutralizar la impresión producida por la presencia de Narvaez delante de Madrid recorriendo los puntos ocupados por los batallones de la milicia, á los que dió lectura de una carta escrita en Zaragoza el 11, y en la que aseguraba Seoane que *no podría Narvaez estar doce horas al frente de Madrid sin ser atacado por su espalda y destruido*.

El general que así se expresaba con objeto de inspirar confianza á sus amigos, acababa de experimentar en Zaragoza el abandono que de su obediencia hicieron separándose del servicio, un número de jefes y oficiales no inferior al que lo había efectuado en Lérida, suceso que fué la causa de la perturbación de espíritu que arrancó á Seoane la contraorden por él dada á Zurbano para que desistiese del paso del Bruch y motivó la retirada á Zaragoza del cuerpo de ejército en que mayor confianza había fundado el Regente.

Inverosímil parecería á no estar confirmado por testimonios auténticos, que el hombre que acababa de sufrir el nuevo desengaño de las separaciones de oficiales en gran número y entre ellos la de dos de sus propios ayudantes, uno de los cuales era su obligado, y que dos ó tres dias antes del dia de

la fecha de la carta leída por Mendizabal á los batallones, escribía á sus amigos de Madrid que no tenía confianza en sus tropas y que se hallaba rodeado de traidores, fuese el mismo que hubiese escrito lo que antecede.

En su larga retirada había podido advertir Seoane que en cuanto se veían los pueblos libres de su presencia, se pronunciaban espontáneamente contra el gobierno. Con estos ejemplos á la vista y cuando durante su marcha se le oyó decir «*que no se acostaba sin tener las pistolas debajo de la almohada para morir como había vivido, no consintiendo en verse atado como una monja sin antes haber escarmentado á alguno de sus agresores,*» parecía inconcebible que aquel general ofreciese que batiría á Narvaez; y como por otra parte no es dudoso que Seoane era un hombre sincero y leal, este mismo convencimiento autoriza lógicamente á calificarlo de extravagante y excéntrico, y que no obstante ser persona que poseía valerosos títulos para ser estimada como particular, carecía de las dotes más indispensables en el hombre público y sobre todo de aquella inteligencia que mas que en otro puesto alguno se requiere en el de un general en jefe, mayormente en circunstancias como las en que se hallaba España en aquella época.

A la comunicación de Narvaez fecha en Algora contestaron mancomunadamente el ayuntamiento de Madrid, la diputación provincial y los comandantes, haber acordado consultar la opinión del público por medio del sufragio de la fuerza ciudadana, y una vez conocida dicha opinión, ofrecían dar la contestación pedida, expresando al mismo tiempo el deseo de que no fuese hostilizada la capital del reino, interin no se conociese explícitamente la voluntad de la nación.

No se dió por satisfecho Narvaez con aquella diplomática respuesta, y ofició de nuevo al ayuntamiento encareciendo los inconvenientes de la dilación. Añadía que acababa de ser testigo del entusiasmo de los pueblos en favor de la bandera que tremolaba, expresando la opinión de que no pudiendo ponerse en parangón el interés de un solo hombre con la voluntad ya bastante conocida de la nación, confiaba que el ayuntamiento de Madrid no prolongaría un solo día mas los males que arrastraba su resistencia.

Pero á estas corteses premisas siguieron de parte del mismo general intimaciones duras y conminatorias, hijas de la extremada energía de su carácter, en cuanto se refería á asuntos militares ó de política. Resueltamente ofició al ayuntamiento que si no se le abrían las puertas de Madrid emplearía los medios de fuerza, y desde luego puso por obra el de cortar los viajes de agua que surtian al vecindario, advirtiéndole que permitiría que las personas designadas por el tutor de la Reina saliesen á tomar el agua necesaria para el consumo de Palacio.

Con motivo de aquella correspondencia fijóse por las esquinas, á fin de excitar por este medio la indignación de la milicia, una comunicación de Narvaez en la que decía que no bastaría á contenerlo en su propósito de ocupar militarmente á Madrid por la fuerza, la sangre que hubiera de derramarse; pues en una lucha que él no había provocado, *cuan ta mas corriese de la vil y traidora será mas provechoso y saludable á la prosperidad comun de la patria.*

Posteriormente despues de su triunfo y hallándose en el apogeo de su valimiento y poder, repudió Narvaez aquellas repugnantes palabras, asegurando que si firmó la comunicación, no la había leído, pues se hallaba indispuerto y muy atareado cuando le fué traída para rubricarla. Mal podía, en efecto, el hombre que el 7 de julio de 1822 peleó en las filas de la milicia de Madrid contra los guardias españoles sublevados en favor del régimen absoluto; mal podía, añadiremos, el hombre que ostentaba en su pecho la condecoración instituida en celebridad de aquel día memorable, haber suscrito á su propio deshonor vituperando á un cuerpo á la sombra de cuya bandera había hecho sus primeras armas.

San Miguel y las autoridades de Madrid comunicaron á Narvaez como siendo el programa y el ultimatum de la defensa, que en nada hostilizaría esta á sus tropas ni á las que mandaba el general Azpiroz; que la milicia de Madrid esperaría pasiva el resultado de la contienda empeñada entre el

régimen legal existente y sus opositores; pero que si Madrid era atacado, pelearía en sosten de su derecho y del gobierno establecido. No fué, sin embargo, fielmente observada por las autoridades de la coronada villa su oferta de neutralidad, de la que se apartó evidentemente San Miguel dirigiendo á los soldados del ejército sitiador una proclama, cuyo objeto era el de excitarlos, no solo á no cruzar las armas con sus hermanos, sino el de atraerlos á las filas de los que sostenían la causa del hombre que tantas veces les condujo á la victoria, que tantos favores les había dispensado y que siempre se sacrificó, decía, por el bienestar de sus subordinados.

Mal conocían á Narvaez los que creyeron que le hallarían desprevenido contra semejantes medios de seducción. El fusilamiento ejecutado en la Fuente Castellana y á la vista, por decirlo así, del vecindario de Madrid, de algunos incautos soldados en cuyas manos se hallaron ejemplares de aquellas proclamas, cortaron de raíz la propaganda.

Alentaba la constancia de los madrileños, como antes queda dicho, la esperanza de la próxima llegada de Seoane, que se adelantaba al frente de ocho mil infantes y mil quinientos caballos, esperándolo todo de la presunta victoria que se lisonjeaban alcanzaría aquel sobre los sitiadores; mas ¿qué podía fundadamente esperarse de un general que acababa de decir que se hallaba rodeado de traidores y que dormía con las pistolas debajo de la almohada para no caer indefenso en manos de sus comensales?

El día 21 recibió Madrid un inesperado refuerzo. Vióse penetrar por sus puertas la división Ena y los nacionales del marqués de Camacho, á tiempo que tambien se acercaba el general Iriarte con tropas que, unidas á las de Ena, componían una división de dos mil cuatrocientos infantes y quinientos caballos. Si las fuerzas que conducía Seoane hubiesen venido resueltas á pelear, los doce mil hombres que ostensiblemente se reunían á la vista de Madrid bajo la bandera del Regente presentaban una superioridad numérica que en mas expertas manos podían no haber desesperado del triunfo.

Pero aunque Iriarte maniobró antes de su entrada en Madrid con intencion y diligencia, no logró colocarse en situación ventajosa; y Ena, que salió al encuentro de Azpiroz, fué batido por este, dejando numerosos prisioneros en poder del vencedor. Adelantábase en el entre tanto Seoane, y el 19 pernataba en Guadalupe. En aquella ciudad dió á sus tropas una descolorida proclama y con la misma fecha escribió al gobierno que al siguiente día atacaría á Narvaez. Mas en vez de ponerse en marcha cuando anunció que lo verificaría, detúvose treinta y seis horas en Guadalupe, no dando frente al enemigo que había anunciado venir á buscar hasta el 22. Y ¿en qué disposición llegaba el esperado libertador? Traía sus batallones como en circunstancias ordinarias, en columna de camino, por mitades de compañía y en la disposición que en estilo táctico se llama el orden *delgado*. Ni aun tuvo la precaucion de componer su vanguardia con las tropas que mayor confianza podían inspirarle.

Narvaez que bien sabía que entre las filas de Seoane contaba con mayor número de aliados que contrarios, lo esperaba en la posición que había escogido, en el puente de Viveros. Reunía 4,500 infantes y 600 caballos, y colocado á su frente recibió una arrogante intimación por la que el enemigo, al que á pié firme estaba esperando, le participaba que *tenía las órdenes, la voluntad y la fuerza para pasar á Madrid*, é invitándolo á evitar la efusión de sangre. A este reto contestó Narvaez, *que tambien él tenía las órdenes, la voluntad y las fuerzas para no consentirlo y que podía venir cuando quisiera.*

Recibido este contra-cartel, avanzó Seoane en el mismo orden de formación que traía sin haber tratado de utilizar la superioridad de sus fuerzas para disponer algun movimiento envolvente. Al dar vista su contrario, dispuso oponerle diez y nueve compañías de cazadores destacadas en guerrilla, las que señalaron su entrada en acción dando de bayonetazos al jefe que las mandaba, desarmándolo y pasándose á los pronunciados. Pero aquello solo fué la primera escena del drama que convirtió en soldados de Narvaez á los que contra él conducía el general esparterista.

El general Toledo, que mandaba la caballería del último, en número de 1,400 excelentes caballos, se ofrece á Seoane como dispuesto á cargar los batallones frescos y en posición de Narvaez, y sin tomar en cuenta Seoane que aquella infantería debería ser antes quebrantada por la metralla, acepta el ofrecimiento de Toledo, y consintió en la carga que este dió al parecer con gran denuedo, mas no ya para cruzar sus sables y sus lanzas con el enemigo que confiado le espera, sino para abrazar á Schely, jefe de la caballería de Narvaez, que lo recibe con los brazos abiertos, si bien en el primer momento de confusión un sargento de los de Toledo infirió una ligera herida á Schely. La doble defección que acababa de experimentar Seoane, dejó descubierta su artillería. A efecto de resguardarla ordenó el vendido general que las piezas rompiesen el fuego, en cuyo momento comienza el tercer acto precursor y epílogo de un hecho de armas al que bien cuadra el nombre que el cardenal de Retz aplicó en la guerra de la *Fronde* á la que llamó *journalée des dupes*. Los oficiales de artillería en vez de apuntar sus piezas, dirigieron los tiros por alto. A la desesperada, y cuando todo estaba perdido, recibe Zurbano orden de avanzar con la primera división, pero no es obedecido, ó lo fué con tanta lenidad, que pronto conoció que no podía contar con su tropa, y tiene que ponerse en salvo, justamente temeroso de caer víctima de una nueva traición.

Un destacamento de reclutas del depósito de Alcalá se presentó entonces gritando: *todos somos unos*, voz que repiten los artilleros, alentados por el jefe que los manda. Los batallones mas contiguos repiten el mismo grito, y el que ocupaba el extremo izquierdo de la línea de Seoane hace una descarga, dirigiendo sus balas al grupo de jefes y oficiales que forman el acompañamiento del general en jefe.

Interin estos sucesos se desarrollan uno tras de otro casi sin intervalo y como dándose la mano, en otros puntos de la línea, donde se hallan jefes y cuerpos adictos á Espartero corre la misma voz de *todos somos unos*, pero voz echada á volar como significando que los soldados de Narvaez fraternizan con los de Seoane. El coronel de Extremadura, brigadier don Vicente Sanchez, que se halla á retaguardia, apercibido del engaño quiere ponerle remedio, pero se ve paralizado al oír que sus soldados tambien prorrumpen en entusiastas vivas al *ministerio Lopez*.

El drama concluyó por ser hecho Seoane prisionero y conducido al alojamiento de Narvaez, que bien nacido y caballero, trató al general vencido con una consideración que llenó todos los deberes de la amistad. Un historiador, sistemático apologista de la causa del Regente, relata en los siguientes términos el espectáculo que ofreció Seoane bajo el techo que le dispensaba generosa hospitalidad:

Quiso la víctima de aquella para él desastrosa jornada, dar parte á su gobierno del infausto desenlace, y se hallaba dictándole á su ayudante el teniente coronel Barrutel en los términos que al pié trascribimos (1), cuando llegado que hubo á las palabras *servicios anteriores*, acometióle, dice el mismo ayudante, un accidente, y vuelto que hubo de su desvanecimiento, terminó el oficio añadiendo: *aseguro á V. E. que lo único salvado es el honor que ha quedado ileso.*

En el delirio furioso que el mismo historiador (don José Segundo Flores) dice acometió á Seoane, pisó este la faja, rompió la espada, y segun expresó un parte dado aquel mismo día por quien fué testigo del hecho, pedía la muerte á grito herido (2).

Si un gran ridículo pudiera ser comparado á una gran catástrofe, habría hasta cierto punto analogía entre las causas

(1) Exemo. Sr.: El ejército que estaba á mis órdenes se halla á estas horas á las del general Narvaez: he sido envuelto y hecho prisionero al principio de la pequeña acción ocurrida. Reitero á V. E. la súplica, que desde Zaragoza hice á S. A. el Regente del reino, de que tenga por admitidos mis despachos y diplomas con que fueron recompensados mis servicios anteriores.

(2) Restablecido de su indisposición, pidió y obtuvo Seoane pasaporte para Francia. Al pasar por Burgos la junta de aquella ciudad tuvo la pequeñez de reducirlo á prisión con alguacil de vista. A la mediación de Olózaga debió Seoane su libertad y el que se le permitiera seguir su viaje á Francia.

que condujeron á la jornada de Ardoz y las que explican la de Sedan. La caída del segundo imperio napoleónico, como la de la Regencia de Espartero, hacen perfectamente inteligibles las faltas de prevision y de discernimiento de los directores de ambas campañas, juntamente con el divorcio que existía entre aquellos poderes y la opinión pública, que en Francia abandonó al emperador Napoleón y en España se declaró contra Espartero.

Conocida que fué en Madrid la fusión que acababa de consumarse entre los dos cuerpos de ejército, y á consecuencia de la cual, como decía Seoane en su parte, los soldados que la víspera sostenían la causa del Regente se habían unido á Narvaez, el ayuntamiento, los centros que obraban en combinación con el municipio, los comandantes de la milicia nacional y el capitán general San Miguel se apresuraron á enviar una comisión encargada de entablar con Azpiroz las bases de una capitulación.

Las autoridades de Madrid justificaron la resistencia que hasta aquel día habían opuesto á los coligados, escudándola en que habían defendido un principio y no la persona del general Espartero.

Desinteresado el pueblo de Madrid en sus afecciones, decían los negociadores, conoce la fuerza de las circunstancias y manifiesta solemnemente que, componiendo parte de la familia nacional, se halla dispuesto á reconocer cuanto el país determine y resuelva en las formas prescritas por las leyes. En el entre tanto Madrid abre sus puertas y las del real palacio al general Azpiroz y á sus tropas, bajo las bases acordadas, que fueron las siguientes:

1.ª La estricta y puntual observancia de la Constitución de 1837.

2.ª Formación de una junta provincial por la milicia nacional, que cesará en sus funciones cuando lo determine el gobierno.

3.ª La milicia nacional de Madrid y su provincia subsistirá bajo el pié que tiene actualmente: cualquiera variación que en ella se juzgue oportuna por el gobierno que se establezca, será con arreglo á la ley.

4.ª Respeto sagrado é inviolable á la seguridad real y personal, sin distinción de opiniones, de matices políticos ni de clases.—Gonzalo de Cárdenas.—Mariano Garrido.—Simon Santos Lerin.

Barajas 23 de julio de 1843.—Acepto estas bases:—Javier de Azpiroz.

Acompañaba á este documento una comunicación suscrita por el capitán general, jefe político, individuos de la diputación provincial y del ayuntamiento, gobernador militar y comandante de la milicia. La junta, que apenas llegó á funcionar ni aun á constituirse, la compusieron, el general Azpiroz, como presidente; el arzobispo de Toledo; don Joaquín Fagoaga; don Gonzalo de Cárdenas y don Leon García Villarroel; los dos últimos, comandantes de la milicia.

Los puestos guarnecidos por la milicia fueron relevados por los restos de la división Ena, retirándose á sus casas los individuos de aquella, resignados los menos, descontentos é indignados los mas, ante el irrevocable fallo de un destino adverso.

A las cinco de la tarde del 23 de julio verificó su entrada la división Azpiroz dirigiéndose, en medio de un silencio bastante general, á Palacio, donde desfiló delante de la Reina, á la que vitorearon mezclando á los vivas que la dieron otros en honor del gabinete Lopez.

Azpiroz dió una proclama en la que mostraba sentimientos conciliadores y en la que, á manera de consuelo, no escaseaba elogios á los madrileños, y concluía recomendando union, fraternidad y el olvido de lo pasado.

A las once de la noche penetraba en la capital el grueso de los dos ejércitos ya confundidos en uno solo, que en los campos de Torrejon de Ardoz habían patrióticamente preferido abrazarse, á la triste gloria de haber ahondado con el derramamiento de noble sangre, la división de los ánimos.

Al siguiente día 24 llegó la división catalana á cuya cabeza venían Prim y Milans, á los que salieron á recibir con ruidosas demostraciones de entusiasmo sus paisanos y amigos, que